

Panfichi / Vila / Chávez / Saravia



EL OTRO PARTIDO

La disputa por el gobierno del fútbol peruano

EL OTRO PARTIDO: la disputa por el gobierno del fútbol peruano

Aldo Panfichi Huamán
Gisselle Vila Benites
Noelia Chávez Ángeles
Sergio Saravia López



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Índice

Agradecimientos	9
Acrónimos	11
Introducción	15
Capítulo 1. El juego de los honorables: los inicios formativos del fútbol durante la República Oligárquica (1890-1930)	33
1. La oligarquía y la modernización tradicionalista	34
2. El proyecto político deportivo de Leguía	43
3. La institucionalización del fútbol	51
4. El rumbo gris del profesionalismo y la selección nacional de fútbol	66
5. Fin del proyecto	76
Capítulo 2. Entre caballeros y generales: el campo del fútbol profesional durante el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas	79
1. El proyecto político deportivo del GRFA	82
2. El GRFA y la selección nacional de fútbol	88
3. La creación del INRED y el desplazamiento del fútbol profesional	110
4. La resistencia de los caballeros	122
5. El ocaso del proyecto político deportivo	143

Capítulo 3. Todos contra todos: desorden patrimonialista y dirigencias en disputa	155
1. Cambios en el orden político y deportivo	160
2. El fútbol durante el desborde	162
3. Los enfrentamientos entre la ADFP y la FPF	166
4. La fallida mediación del Estado en el conflicto	174
5. Una paz incierta: la fragilidad de la nueva organización del deporte	184
6. Desorden en las dirigencias tradicionales y emergentes	191
7. El fin de los caballeros: la salida de Teófilo Salinas de la CSF	203
8. Los legados de la década	210
Capítulo 4. La apropiación de la Federación Peruana de Fútbol: la década de 1990	213
1. La consolidación de la FIFA y su modelo de negocio	218
2. El fútbol peruano en tiempos neoliberales	228
3. El ausente proyecto político deportivo del fujimorismo	232
4. La crisis del fútbol peruano en el periodo 1991-1992	233
5. Reordenando el fútbol luego del autogolpe	241
6. La adecuación a los estatutos FIFA: la ley 26252	244
7. Clientelismo en la FPF bajo la sombra de la FIFA	251
8. Sobre los clubes de fútbol	253
9. Los legados de la década de 1990	259
Anexo	263
Bibliografía	271
Sobre los autores	285

INTRODUCCIÓN

Clasificamos al Mundial Rusia 2018 después de largos 36 años y el país entero estalló en conmovedoras expresiones de alegría, felicidad y nacionalismo exacerbado. Nunca antes resultó tan evidente que un logro deportivo excepcional cambiara radicalmente el humor y las expectativas de un país entero. En efecto, hasta hace muy poco, la opinión pública y la prensa criticaban duramente a las instituciones deportivas, a sus dirigentes y sus jugadores, con énfasis en la existencia de una larga crisis de resultados, de falencias organizativas y de serias acusaciones de corrupción.

Las evidencias que sostenían ese diagnóstico terminal son inapelables. En términos de resultados, el Perú mantiene un patrón que combina escasas victorias y usuales derrotas: nuestra última participación mundialista fue en 1982; la Copa América se ganó dos veces, la última en 1975, hace 43 años. A nivel de clubes nunca se ha ganado la Copa Libertadores, la más importante competencia de la región; los clubes peruanos son regularmente eliminados en sus instancias iniciales. La excepción ocurrió en 2003, cuando «la furia roja», el club Cienciano del Cusco, ganó la por entonces recién creada Copa Sudamericana. Paremos de contar.

En términos organizativos, la situación también es crítica. Los principales clubes de fútbol históricamente han sido y son instituciones débiles, con pocos socios y dirigidos por pequeños grupos. Como asociaciones civiles no han sido escuelas de democracia y participación

ciudadana, como podría sugerirnos una lectura sobre la naturaleza de los clubes según Tocqueville (Panfichi, 2013), sino espacios de personalismo, clientelismo y lucha fratricida. Además, las autoridades deportivas nombradas por los gobiernos de turno y las dirigencias de los clubes han disputado regularmente el control del fútbol peruano, lo que ha añadido inestabilidad y caos a la conducción directriz. Durante décadas, la organización de los torneos y la conducción del seleccionado nacional han sido las arenas a las que se han trasladado las disputas por el control del deporte, con lo cual se han supeditado los logros deportivos a intereses personales y agendas políticas, como explicaremos en los siguientes capítulos.

El desorden organizativo acompaña recurrentes crisis económicas que los clubes han sufrido a lo largo del siglo XX. Los clubes más populares se encuentran en bancarrota desde 2012 e intervenidos por el Estado por deudas tributarias acumuladas por años. Lo cierto es que los clubes usualmente gastaban más de lo que recaudaban, lo cual se evidenciaba en costosas —y en algunos casos sospechosas— o sobrevaloradas contrataciones que no rendían lo esperado. A ello se suma el incumplimiento de pago de sus obligaciones tributarias desde la década de 1990 —aunque, como veremos en este libro, se trata de un problema que se inicia al menos en 1970—. Según estimados a inicios de 2018, la deuda total del Club Universitario es de 372 millones de soles, de los cuales 155 millones son deuda tributaria con el Estado. Por otro lado, la deuda concursal del Club Alianza Lima es de aproximadamente 53 millones de soles, de los cuales 30 millones corresponden a obligaciones tributarias.

De otra parte, sospechas y acusaciones de corrupción de los dirigentes completan el diagnóstico. Entre los casos más conocidos están los que involucran a dos ex presidentes del Club Alianza Lima. En uno de los casos, las computadoras con información financiera y los libros contables fueron robados a mano armada; en el otro, desaparecieron para evitar la fiscalización del manejo económico del club. Uno de estos expresidentes, Guillermo «Pocho» Alarcón, fue denunciado y pasó varios años detenido

en un penal limeño. Pero los clubes no son los únicos afectados. Manuel Burga, ex presidente de la Federación Peruana de Fútbol (FPF), también fue acusado de asociación ilícita para delinquir por un fiscal de los Estados Unidos, junto con otros dirigentes de la Confederación Sudamericana de Fútbol (CONMEBOL). Al cierre de este libro, Burga fue absuelto al no poder probarse que recibió dinero, aunque sus otros coacusados sí fueron condenados.

Sí, clasificamos a la Copa Mundial de Fútbol Rusia 2018. El interés y el entusiasmo han desbordado al país, pero los problemas continúan allí: subsisten y en algunos casos se agravan. Ubicado en una reflexión de mediana duración, este libro explora la historia política y social del fútbol peruano del siglo XX, con el fin de encontrar las razones que nos permitan entender la excepcionalidad de los logros y la recurrencia de los fracasos a través de una mirada crítica a la actuación de las dirigencias deportivas y sus relaciones con el Estado.

¿Por qué los logros deportivos del fútbol peruano son escasos o excepcionales? ¿Qué impide que nuestro fútbol sea competitivo a nivel internacional? Si alguna vez tuvimos una «época dorada» de logros deportivos, ¿cuáles han sido las razones por las que no hemos podido seguir adelante con ese legado? Todas estas son preguntas que se formulan los peruanos y que los autores de este libro, sociólogos y sociólogos aficionados al fútbol, hacemos nuestras. Hay varios caminos para responder estas interrogantes. Algunos ensayan explicaciones sobre la base del rendimiento y del compromiso de los jugadores, así como de la calidad e idoneidad de la dirección técnica. Atributos que, en los casos de éxito, habrían sido aislados, encapsulados, protegidos contra un entorno institucional frágil y corrosivo. Una práctica que, en un contexto de mayor competencia y profesionalización, es cada vez más difícil de lograr y sostener en el tiempo.

Proponemos explorar otra perspectiva de análisis: una lectura de sociología histórica sobre la naturaleza y las formas de funcionamiento de las instituciones deportivas en sus distintas escalas (clubes, asociaciones y

federaciones), en coyunturas particularmente significativas del siglo XX. A diferencia de otras propuestas que se enfocan en comprender las instituciones a partir de sus expresiones organizativas en arreglos formales, nosotros seguimos la acción de los individuos, las relaciones entre los dirigentes deportivos y las autoridades políticas del Estado. La imagen que emerge es un intrincado proceso de largo aliento en el que personalidades y voluntades, por un lado, y proyectos políticos deportivos, por otro, generan prácticas patrimonialistas que se han vuelto rutinarias en mundo del fútbol.

La organización de los clubes, la conformación de sus equipos y los torneos, así como la organización de la selección nacional, son los espacios donde se reproduce el estatus social de los dirigentes y las disputas por controlar el deporte. En suma, donde se decide y se llevan adelante las políticas futbolísticas en todas sus escalas.

¿POR QUÉ ESTA PUBLICACIÓN?

Los estudios de la sociología del fútbol en América Latina han abordado rigurosamente la creación y reproducción de las identidades deportivas locales y nacionales, en las lógicas territoriales que se expresan en los clubes y en las formas de comportamiento violento de los aficionados agrupados en las barras bravas (Alabarces, 2003, 2004). La identidad —como una dimensión de estudio— ha sido una fértil arena para explorar en los clubes y en sus hinchadas cómo se construyen subjetividades, identidades de género y disposiciones en distintos espacios sociales (Archetti, 2003; Fábregas, 2001; Da Matta, 1982). También es donde se reproducen la vida asociativa y la cultura política dominante en una sociedad determinada (Elsy, 2011; Panfichi, 2008b; Forment, 2003).

Otros abordajes propios de la sociología política han explorado la relación entre clubes, selecciones nacionales y gobiernos en el marco de procesos de posicionamiento ideológico de regímenes políticos. Tal es el caso de la literatura sobre la relación entre dictaduras y deporte en América Latina, sobre todo en el Cono Sur. Así pues, la selección nacional es uno

de los símbolos patrios utilizados con mayor frecuencia para legitimar al gobierno de turno y posicionar sus reformas (De Freitas, 2014; Goldblatt, 2014; Gilbert & Vitagliano, 1988; Zirin, 2014; Alabarces, 2001; Matamala, 2001).

Un tercer grupo de literatura se concentra en las políticas de fomento del deporte. Al respecto, se han hecho esfuerzos por identificar las lógicas que orientan reformas en la práctica del deporte profesional y *amateur*, y sus consecuencias en las formas que toman sus instituciones a nivel nacional y a nivel sectorial (Muñoz, 2001; Manhães, 1986). Asimismo, recientemente, en Latinoamérica se ha estado impulsando el diálogo entre las políticas del deporte y los enfoques de gestión deportiva, administración y manejo como un modelo de negocio (Bravo, López & Parrish, 2016).

Este libro se ubica en la intersección de estos tres grupos de literatura. Analizamos el proceso de formación institucional del fútbol profesional a partir de las relaciones entre los dirigentes deportivos y las políticas de Estado en cuatro periodos históricos específicos. Reconocemos los entramados organizativos de los clubes, asociaciones, federaciones y entes rectores, pero nos concentramos en identificar las formas en que las prácticas sociales, los planteamientos ideológicos de los gobiernos y la ubicación del deporte en la idea de nación configuran un modo particular de manejar el fútbol profesional. Un modo que caracterizamos como patrimonial, cuya huella arrastramos aún en la actualidad y que sería uno de los factores claves para comprender el débil desarrollo institucional del fútbol peruano. Creemos que este es un aporte novedoso para comprender la formación de instituciones deportivas en América Latina, una problemática poco explorada que coloca en relevancia las prácticas de los actores que dan forma a las lógicas «rutinizadas» de gestión deportiva.

La investigación que presentamos en este libro es la primera que aborda la dimensión institucional del fútbol peruano como objeto principal de estudio. Postulamos que, a lo largo del siglo XX, esta dimensión no ha podido escapar de la política personalista presente en diferentes proyectos

políticos deportivos. A pesar de los grandes cambios de las estructuras económicas y sociales que, en las últimas décadas, han cambiado el rostro del Perú, el fútbol ha seguido operando mediante un sinnúmero de relaciones de amistad, de intercambio de favores y de una gestión deportiva opaca y sin transparencia.

Lamentablemente, este es un rasgo de larga duración con sus obvias expresiones de coyuntura o periodo histórico. De allí la importancia que damos al patrimonialismo como concepto que explica la relación de dominación entre los dirigentes deportivos y los clubes, selecciones y organizaciones deportivas. Relaciones que se enmarcan, reajustan y resisten ante distintas reformas emprendidas en el marco de proyectos político deportivos a lo largo de la historia, una relación que estructurará el campo del fútbol profesional en el Perú.

PATRIMONIALISMO Y PROYECTOS POLÍTICO DEPORTIVOS EN LA FORMACIÓN DEL CAMPO DEL FÚTBOL PROFESIONAL

A lo largo de la historia, las sociedades se han organizado alrededor de distintas formas de dominación. Según Max Weber (1974), uno de los sociólogos pioneros en teorizar el tema, la dominación se entiende como la probabilidad de encontrar obediencia en un mandato determinado, dinámica que se construye a partir de la legitimidad que mantiene al grupo dominante en cierta posición. Tal «superioridad» se puede justificar en narrativas éticas, formativas, de mérito, entre otras, que justifican la condición de privilegio de la élite. En el caso peruano, por ejemplo, luego de la Independencia, las élites limeñas esgrimieron una narrativa sobre su propia «decencia», que les sirvió para mantener sus privilegios y permanecer inmunes ante la aplicación de las nuevas leyes o narrativas que obviaban diferencias sociales (Whipple, 2013).

En esta lógica, el patrimonialismo es una forma de dominación tradicional en la cual los derechos de origen político, relacionados con lo público, son tratados como si fueran derechos privados. Las virtudes que

sostienen la dominación patrimonial son el honor y la piedad, sobre las que descansan la docilidad de las masas y la limitación de críticas a quienes ejercen el control. Las élites mantienen la legitimidad de su dominación mediante la fuerza de la tradición, pero también a través de su capacidad para presentarse como portadores de una ética caritativa expresada en las políticas de los aparatos de gobierno (Zabludovsky, 1993). Esta forma de dominación no es exclusiva de las sociedades tradicionales, sino que está presente también en Estados de creación más reciente, como las repúblicas latinoamericanas, en donde la tradición pierde fuerza sin lograr ser remplazada del todo por la modernidad legal-racional (Centeno, 2016; Morcillo & Weisz, 2016).

En esta situación híbrida o de cohabitación entre la tradición y la modernidad legal-racional, la dominación se sostiene a través de un sistema personalista de incentivos o transacciones materiales desiguales. (Roth, 1971, citado por Breuer, 2006 p. 259). Se trata de arreglos jerárquicos de poder que dominan con regularidad la interacción social entre los dominantes y dominados (Morcillo & Weisz, 2016). De acuerdo con esta perspectiva, cuando la dominación patrimonial se extiende, los «señores» que ejercen el poder económico y político se rodean de un círculo de amigos y familiares confiables y dependientes, que lo ayudan en la gestión administrativa a cambio de algún tipo de prebenda material o simbólica. Por lo tanto, el «señor» seleccionará a personas ligadas a él o reclutadas a través de círculos extendidos de confianza. De esta manera se crean redes de interacción e intercambio en las que los vínculos personales tienen un fuerte componente de «respeto», «fidelidad» y «reciprocidad», incluso cuando las asimetrías del poder son considerables (Centeno, 2016).

La «decencia» como narrativa justificadora de las acciones de las élites se encuentra en los orígenes mismos del deporte. La transformación de los juegos populares en deportes regulados tuvo lugar en las escuelas, sobre todo inglesas, reservadas para la sociedad burguesa. La diferenciación entre la práctica mundana y el deporte como disciplina se enraíza en

la elaboración de una filosofía del deporte que es, inherentemente, una filosofía aristocrática: el deporte educa en la disciplina, imprime valentía, energía, iniciativa, espíritu de empresa y otros atributos dignos de «una disposición caballerosa totalmente opuesta a la búsqueda vulgar de la victoria a cualquier precio» (Bourdieu, 1990). La nobleza de tales virtudes se expresa también en la condición de quienes las profesan, siendo acaso uno de los mejores ejemplos la consolidación en 1894 del Comité Olímpico Internacional de la mano del barón Pierre de Coubertin, junto con un puñado de nobles (Goldblatt, 2016).

Según Bourdieu (1990), el deporte se convierte en un dominio autónomo, denominado campo, a partir de un proceso de racionalización que tiene por fin garantizar un carácter previsible que se sostenga sobre particularismos. Específicamente se refiere a la creación de un conjunto de reglamentos y a la formación de un cuerpo de gobierno constituido por dirigentes especializados. En otras palabras, regulaciones y dirigentes reclutados entre los «amigos» de las escuelas en donde el deporte se reconoce como tal. Esto quiere decir que la forma que adapta el campo deportivo, en sus orígenes, depende del espacio que asume en las prácticas de la élite. El campo se consolida cuando deja de ser reconocido únicamente por sus orígenes y comienza a ser identificado por otros actores como un espacio que además puede procurar *ganancias de distinción*. Es decir, el deporte deja de ganar legitimidad en virtud del origen social de quienes conforman el campo y más bien se convierte en una arena independiente que puede conferir estatus a quienes se vinculan a ella. Este proceso de transformación es analizado en esta publicación.

El caso peruano sigue una estructura similar. Entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, personalidades de la oligarquía incorporan los deportes —incluido el fútbol— como parte de un proyecto modernizador y de higiene racial que buscaba educar, disciplinar al pueblo y extirpar los vicios que, según ellos, impedían su desarrollo. Además de ser los artífices de los primeros clubes y reglamentos que gobiernan el deporte, esta élite, a través de relaciones patrimoniales, asumirá el mecenazgo para subvencionar

y controlar las actividades de los clubes emergentes. Basando sus acciones en una filosofía moral de amor patriótico, modernidad y decencia, ostentar el respaldo a un club se convertiría en una disposición caballerosa opuesta al rédito económico, y sustentada, más bien, en su potencial para distinguir a quienes piensan, organizan y mantienen el fútbol.

El patrimonialismo en el caso que estudiamos está presente como configurador temprano del campo deportivo, tanto en el sector modernizador de la oligarquía y sus operadores en el deporte, como de los nuevos dirigentes de los clubes emergentes y sus formas asociativas de las primeras décadas del siglo XX. El campo deportivo nace como el espacio en donde interactúan los dirigentes futbolísticos (presidentes de clubes, directivos de asociaciones profesionales y federaciones) en una jerarquía definida según los recursos con que cuentan para sacar adelante a sus equipos.

Estos recursos se pueden entender como capitales (Bourdieu, 1979), cuyas propiedades, en su dimensión objetivada, son capaces de conferir poder al poseedor (Bourdieu, 1986). Pueden ser capitales sociales (pertenencia histórica a clubes, redes compartidas entre liderazgos deportivos, grupos familiares vinculados al deporte), capitales culturales (conocimientos sobre el manejo del deporte, códigos de conducta sobre cómo se relacionan los líderes deportivos, habilidades para canalizar financiamiento a las actividades futbolísticas) y capitales económicos (disponibilidad de recursos suficientes para subvencionar la práctica del fútbol, acceso personal a individuos o instituciones con solvencia económica).

Sin embargo, el capital no se refiere únicamente a recursos disponibles, sino al reconocimiento de las prácticas de grupos dominantes como formas aceptadas de control. En términos de Weber, se trata de la legitimidad de la dominación por los propios dominados. Desde esta lógica, los dirigentes del fútbol son reconocidos como «caballeros» no solamente por su disposición de recursos, sino porque su posición en el campo deportivo es lo que da sentido a tales recursos. Hablamos aquí del estatus

socioeconómico, de las vinculaciones a grupos económicos —familiares, políticos y a redes históricamente cercanas al fútbol— que, por su origen, legitiman una forma particular de manejar el deporte.

A inicios de la década de 1970 el patrimonialismo ya está consolidado. Si bien muchas de las familias de la antigua oligarquía fueron desplazadas por la política reformista del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (GRFA), algunos allegados que trabajaron con ellos y aprendieron tempranamente el manejo del fútbol fueron los herederos de sus prácticas patrimoniales. Estos dirigentes eran reconocidos como «caballeros» y el conjunto de arreglos formales e informales a los que recurrían para gobernar el deporte se denominaba el «pacto de caballeros». Los principales clubes, e inclusive la selección nacional, fueron sostenidos gracias al apoyo de amigos y mecenas con conocimiento del entorno futbolístico. De este modo, el éxito de un dirigente dependía de su capacidad para canalizar capitales sociales, económicos y culturales, todo lo cual impide que el fútbol pueda pensarse como un espacio con reglas claras que trasciendan la voluntad de los dirigentes.

El campo deportivo, así constituido, sufre una primera coyuntura crítica con el GRFA, que, desde su proyecto político deportivo, buscará destruir el pacto de caballeros para promover el acceso popular y masivo al deporte, sobre todo *amateur*. Si bien a inicios del siglo XX, en el Oncenio de Leguía, también se emprendió una reforma importante desde el Estado que impactó al deporte, tal iniciativa fue resultado de la influencia de ideas modernizadoras de un sector de la élite. En la década de 1970, al contrario, ocurre un esfuerzo organizado de un grupo de militares reformistas por quebrar la columna vertebral de la dominación tradicional, siendo el fútbol uno de los espacios de su expresión.

Entendemos por proyecto político al conjunto de ideas, creencias y representaciones de lo que debería ser la vida en sociedad, que motiva la acción de individuos y grupos por alcanzarlo. El proyecto político, tal como lo consideramos en esta publicación, es un horizonte de ideas y creencias que van más allá de los proyectos ideológicos partidarios. Creemos que los

hay de distinta índole, grado de elaboración y tipo de actor involucrado. Lo central es la existencia de una propuesta de vida que incluso pudiera ser embrionaria, pero que convoca a la acción social y política de grupos de individuos (Dagnino, Olvera & Panfichi, 2006).

La dimensión deportiva del proyecto político se refiere al papel que tiene el deporte en la constitución o transformación de la nación. En el caso peruano, los proyectos, no obstante las diferencias políticas o ideológicas de sus promotores, se caracterizan por concebir la práctica del fútbol —y de los deportes en general— como un instrumento para promover cambios sociales, insuflar amor patrio y obtener apoyo popular a un régimen político. Y con ese sentido, da lugar a políticas deportivas promovidas por el Estado. Si bien los proyectos son resultado del posicionamiento que dan algunas fuerzas políticas al deporte, también responden a la influencia de corrientes internacionales; esto es, a modelos de gestión deportiva y de filosofía del deporte que dan forma a los emergentes mecanismos de gobernanza global.

En la lectura de larga duración que propone este libro, el proyecto político deportivo es identificable en dos momentos de nuestra historia contemporánea: el Oncenio de Leguía y el GRFA. Ambos coinciden con los giros que asume el lugar del deporte en la sociedad a nivel internacional. En el primer caso, por la reformulación modernizante del rol de las élites y, en el segundo, por el impulso al acceso popular al deporte que promueven algunos regímenes reformistas o populistas (Yoder, 2016).

Como resultado del avance del proyecto político deportivo del GRFA, como expresión de la transformación del tejido social peruano desde mediados de siglo XX, nuevos actores ingresan al campo del fútbol profesional. Se trata, principalmente, de clubes de las regiones del país y algunos limeños, que no habían participado de la conducción del fútbol hasta ese momento. Con la intervención del Estado, estos comienzan a adquirir relevancia en la década de 1970, con algunos intentos fallidos de controlar las instituciones rectoras del fútbol.

Su tiempo, sin embargo, llegaría en la década siguiente. El campo del fútbol profesional sufre un gran desorden patrimonial por las encarnizadas disputas entre las dirigencias de los clubes tradicionales limeños y los clubes «de provincia», que encuentran terreno libre por el lento pero decidido repliegue del Estado. La idea del proyecto político deportivo pierde relevancia desde esta década. Aunque el Estado mantendrá el aparato administrativo para organizar y controlar el deporte, este ya no se supeditará a una idea articulada sobre el lugar que tendría que tener el deporte en la idea de nación.

En este periodo, el patrimonialismo se revela en su dimensión más dura. Despojados de los artificios del «caballerismo» que lo habían caracterizado en las décadas previas, las discusiones entre dirigentes deportivos adquieren un cariz personalista. Así pues, el manejo del deporte por el «honor» y la «decencia» se pierde para dar paso a la colisión de egos incapaces de someter sus voluntades a objetivos deportivos realizables. El resultado es uno de los más sombríos episodios del fútbol nacional: sin claridad sobre quiénes serían los entes rectores, con un Estado desinteresado en regular el deporte, con clubes en bancarrota y con un país sufriendo el azote del terrorismo, el campo del fútbol profesional entra en crisis, con lo cual peligró, inclusive, la continuidad de la práctica del deporte.

Sin embargo, a nivel internacional un nuevo proyecto emergió y se consolidaba con decisiva influencia en el panorama nacional. Nos referimos al fortalecimiento de la FIFA como organismo de gobernanza global del fútbol. En 1980 era evidente la dirección empresarial que el presidente de la FIFA João Havelange quería darle a la organización. La práctica corporativista y la lógica neoliberal desafían directamente a los herederos de los tradicionales dirigentes peruanos quienes, a pesar de las disputas, mantenían en común la figura del fútbol como espacio de logro fundamentalmente deportivo, sin poner atención a la dimensión empresarial y de mercado. Esto cambiaría en la década de 1990, cuando las reformas de ajuste estructural emprendidas por el gobierno de Alberto Fujimori, por un lado, y la conversión de la organización FIFA a un modelo

de negocios, por otro, suponen la transformación radical de los términos del campo del deporte profesional y dan solución a la crisis.

El ingreso de grandes flujos de dinero ante un escenario de crisis económica posicionó a un nuevo grupo de dirigentes, dejó en el olvido la figura del mecenas y debilitó la legitimidad de la «decencia». Si al principio las relaciones patrimoniales dependían del estatus del dirigente, en la década de 1990 se establece una relación de clientelismo en la cual los logros deportivos se colocan en un segundo plano para dar lugar a favores que benefician con dinero y poder a quienes son partícipes del nuevo acuerdo —a saber, los sobrevivientes de las cruentas disputas en la década de 1980—.

El clientelismo es uno de los repertorios de acción del patrimonialismo, una estrategia de intercambio social basado en lealtades condicionadas y transacciones asimétricas mutuamente beneficiosas (Breuer, 2016). El señor o patrón proporciona recompensas materiales, protección y acceso a recursos diversos, mientras el cliente ofrece a cambio servicios personales, lealtad y apoyo político (Audelo Cruz, 2004). De este modo, el estatus del dirigente dejará de depender de su posición social o de su capacidad para aportar o canalizar capitales y sacar adelante al equipo. Ahora se supeditará, sobre todo, a su capacidad de acceder al financiamiento promovido por el aparato de la FIFA. Los que no pueden hacerlo —y son un número significativo— buscan sobrevivir o usar el fútbol como trampolín a la política o a los negocios. Entre estos se infiltran algunos avezados depredadores que buscan lucrar con este deporte.

En la década de 1990, la gestión del fútbol peruano parecía dominada por la lógica de las prebendas, orientada sobre todo a conseguir el apoyo de los dirigentes departamentales en las elecciones (y relecciones) de las máximas autoridades de la FPF. Un modelo, por cierto, que hace mimesis en una escala menor del sistema establecido por la FIFA de João Havelange en la escala global, pero que engancha bien con las ya instaladas lógicas patrimoniales con las que se gobernaba el fútbol nacional. Creemos que son precisamente estas prácticas las que se institucionalizan en las

organizaciones y las convierten en estructuras frágiles y sujetas a los vaivenes de la política personalista.

Definimos institucionalización como el proceso de instalación de sentidos específicos en los individuos, es decir, de prácticas y lógicas que se dan por sentado y que son difícilmente cuestionables por los sujetos cuando el marco de la acción se circunscribe a instituciones específicas (Jepperson, 1991; Thomas y otros, 1987). Así, estos sentidos específicos se convierten en lo socialmente definido como real (Zucker, 1977) y, por ende, como el marco de referencia que forma las posibilidades de acción de los sujetos. Cuando se identifican actos repetibles y de comprensión compartida por parte de los actores es que se puede hablar de un proceso de institucionalización (Zucker, 1977).

El institucionalismo histórico como enfoque nos ayuda a pensar que el campo o mundo del fútbol está formado y organizado por una compleja red de grupos de interés y organizaciones diferenciadas, cada una con dotaciones asimétricas de poder e influencia (Pierson & Skocpol, 2008). En la gestión del fútbol peruano existen dos organizaciones que cumplen con el papel de reproducir prácticas y hábitos políticos. Por un lado, en el ámbito local, tenemos a los clubes de fútbol profesional, que mayormente son asociaciones autónomas de ciudadanos que se agruparán en ligas y federaciones desde las cuales procurarán incidir en la política deportiva nacional —muchas veces, con éxito—. Por otro lado, a nivel nacional, están la Federación Peruana de Fútbol (FPF) y la Asociación Deportiva de Fútbol Profesional (ADFP). En este esquema, las instituciones no son consideradas como organizaciones unitarias, unas más eficientes y complejas que otras, sino como el conjunto de procedimientos formales e informales, rutinas, normas o convenios enquistados en la estructura organizacional de la política, y se convierten en el principal factor que moldea el comportamiento colectivo (Hall & Taylor, 1996, p. 937).

Durante el siglo XX, el patrimonialismo se consolidó como la cultura de gobierno del fútbol profesional, al punto de institucionalizar una manera de interactuar basada en el peso del «caballero» que moviliza la

agenda deportiva. La presencia del «caballero» benefactor está desde los inicios del fútbol, tanto en los clubes como en las primeras asociaciones deportivas nacionales —gracias a una política personalista y oligárquica del Estado peruano—. Décadas después sería el salvavidas de la selección nacional de fútbol al legitimar la práctica con resultados deportivos. Asimismo, al promoverse la participación regional de los clubes, la lógica de caballero se trasladaría a otra escala a los emergentes clubes *provincianos*.

Cuando en 1980 los dirigentes de los clubes disputan entre sí el control de la FPF y de la ADFP, el patrimonialismo es el terreno sobre el que se desarrolla la disputa de caudillos sin que existan propuestas o proyectos deportivos que orienten la acción de gobierno. El desorden agravado por la crisis económica y política provocada por la pésima gestión de los gobiernos de esta década creó las condiciones para que en los años noventa el fútbol profesional sea cooptado por un nuevo orden jerárquico internacional a través de sus aliados locales.

ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

La lectura que propone este libro se despliega en cuatro momentos históricos significativos de la relación entre fútbol y política en el siglo XX peruano, los cuales corresponden a los capítulos que lo conforman.

El capítulo 1 explora los orígenes del fútbol peruano (1890-1930), en el contexto de la República Aristocrática, en la cual los deportes son parte de un proyecto político promovido por las élites e implementado por Augusto B. Leguía. En aquel entonces se postulaba que el deporte era uno de los instrumentos claves para tratar de crear un hombre nuevo (patriótico, trabajador y disciplinado), apto para los desafíos de la sociedad moderna. Es a través de las prácticas patrimonialistas de las autoridades políticas y dirigentes deportivos que se implementa este proyecto deportivo y se construyen las bases institucionales del fútbol peruano. Este proceso, sin embargo, no estará exento de disputas y conflictos entre los «caballeros» de las élites y las emergentes dirigencias de los clubes populares, que

impiden un desarrollo sostenido de los deportes. En suma, proyecto político deportivo y patrimonialismo van de la mano y se refuerzan mutuamente.

El capítulo 2 muestra cómo, en el contexto del GRFA (1968-1979), la forma patrimonialista de gestionar el fútbol es puesta en cuestión por un nuevo proyecto político que quiebra el poder de la oligarquía y promueve, desde el Estado, la práctica popular y masiva del deporte. Este proyecto reformista militar también buscaba, a través del deporte, promover el nacionalismo y el apoyo popular a un conjunto de reformas estructurales. Para ello, se ensayaron nuevas formas institucionales de gobierno deportivo y emergieron nuevos actores que, desde Lima y las provincias, colisionaron con las dirigencias heredadas del orden anterior. Se genera, de esta manera, una crisis de representación de la dirigencia nacional, la cual se agudizará aún más en las décadas siguientes.

El capítulo 3 argumenta que, en la década de 1980, el fútbol peruano ingresó a una profunda crisis institucional, económica y de resultados deportivos. Los gobiernos democráticos que suceden al GRFA no consideran prioritario el deporte y carecen de un proyecto político deportivo, más allá de apoyarse en amigos y clientes. Esta situación agudiza los enfrentamientos entre las dirigencias de los clubes, de la APFP y de la FPF por el control del gobierno de dicho deporte. Se pasa de una lógica de «desorden patrimonialista» y confrontación generalizada a una de un virtual caos, lo cual abre una ventana de oportunidad para reformar el sistema como ocurrió en la década siguiente.

Finalmente, en el capítulo 4 analizamos los años noventa, cuando el agotamiento de las dirigencias, la falta de norte deportivo y el fortalecimiento de la FIFA definen la nueva estructura de dominación del campo del fútbol profesional. Una nueva estructura de dominación se impone, coherente con la orientación neoliberal del régimen fujimorista, y donde el Estado pierde control del fútbol en favor del dominio privado de un grupo de dirigentes, reconocidos por la FIFA, que rinde cuentas únicamente a las autoridades de su agremiación y bajo procedimientos

unilaterales. Esto es posible, además, porque el fútbol se ha convertido en una industrial global controlada por la FIFA, que canaliza recursos económicos a las dirigencias nacionales, algunas de las cuales se han utilizado para buscar perpetuarse en el poder.

La investigación que sostiene este libro se ha beneficiado de un arduo trabajo de revisión de archivo de periódicos y revistas: los diarios *El Comercio*, *La Crónica*, *La República*, *Ojo*, *Marka*; y las revistas *Caretas*, *Punto de Equilibrio*, *Sport Gráfico* y *Ovación*. Un archivo digital cronológicamente organizado de más de 1300 imágenes de estos diarios ha sido entregado al repositorio de la PUCP para futuras investigaciones. Además, realizamos una revisión exhaustiva de las principales leyes y normas que han regido el deporte y, en particular el fútbol, durante el siglo XX. Estos documentos fueron contrastados con las narraciones y experiencias de ocho reconocidos exdirigentes, quienes protagonizaron varios de los eventos que explicamos en esta publicación.

A cabamos de asistir a un mundial de fútbol luego de 36 años y el país entero ha vibrado de emoción y patriotismo deportivo. Sin embargo, es hora de preguntarnos: ¿por qué los logros del fútbol peruano han sido escasos o excepcionales? ¿Qué impide que nuestro fútbol sea más competitivo en el ámbito internacional? Si alguna vez tuvimos una «época dorada» de triunfos, ¿cuáles han sido las razones por las que nos ha resultado tan difícil seguir adelante? Estas son las preguntas que se hacen los peruanos y que los autores de este libro buscan responder.

Por ello, *El otro partido: la disputa por el gobierno del fútbol peruano* analiza el proceso de formación institucional del fútbol profesional a partir de las relaciones entre los dirigentes deportivos y las políticas de Estado en cuatro periodos históricos específicos. Asimismo, reconoce los entramados organizativos de los clubes, las asociaciones, las federaciones y los entes rectores, pero se concentra en identificar cómo las prácticas sociales, los planteamientos ideológicos de los gobiernos y la ubicación del deporte en la idea de nación configuran un modo particular de manejar el fútbol profesional. Un modo cuya huella aún arrastramos y que podría ser uno de los factores claves para comprender el débil desarrollo institucional de este deporte en el país.



FONDO
EDITORIAL

